

La República burguesa es un SEÑUELO, NO ENTREMOS A ESE TRAPO ROSA

Para la burguesía española, la monarquía es un SEGURO DE VIDA, cuando la crisis económica se agudiza y pasa a ser también crisis social (1873 y 1931), cede, abole la monarquía y se define republicana (como hizo en abril de 1931, tras las elecciones municipales) hasta el monarca, Alfonso XIII, que les exigió a sus súbitos que apoyasen a la República cuando partía toda la familia para el exilio desde la estación del Norte de Madrid. La monarquía actual, llegado el momento de la gran crisis con un incipiente movimiento obrero clasista también se declararán defensores de la III República democrático-burguesa como la que hay en Portugal, Italia, Francia, EE.UU...

En 1948 ya dimos nuestra posición de marxistas integrales ante el advenimiento democrático de la república italiana: "Abajo la república burguesa, abajo su constitución".

Nosotros defendemos la República Roja basada en los históricos Consejos Obreros tras la revolución clasista proletaria. Entre tanto afirmamos que monarquía constitucional y república democrática son el Estado de los explotadores, de la burguesía.

ABAJO LA REPÚBLICA BURGUESA, ABAJO SU CONSTITUCIÓN

(De «Prometeo», nº 6-1947)

El debate sobre la constitución de la república italiana ya ha sido definido como un compromiso entre diversas y contrastantes ideologías. La malignidad sutil de Nitti ha distribuido a la masa de sus colegas, tan jovencísimos, una patente autoridad de burrología, bromeando sobre la *combine* (combinación) de moral cristiana y dialéctica marxista. Se responde, no menos obviamente, que la política no es más que el arte del compromiso, que el problema actual no es más que político —*politique d'abord*, política de burdel— y que las cuestiones de principio estaban de moda hace treinta años. Hoy, todos los que hacen una profesión de la política, las cuestiones de principio las consideran fuera de lugar, y se sienten también, a cada paso, como viejos militantes de izquierda preguntándose con refinados aires de autosuficiencia: ¿No querréis plantear entre las masas cuestiones teóricas?!

Dejamos pues, por un momento, las doctrinas, asumiendo sin rodeos que la religiosa y la socialista son incompatibles. Señalamos solamente un punto de innegable ventaja a este respecto: que los cristianos y los creyentes en general están en condiciones de jactarse ante y sobre los sedicentes marxistas. Quien sigue un sistema religioso es dualista, o sea, coloca sobre dos planos y en dos mundos distintos los hechos del espíritu y los del mundo material. Sobre los dogmas objeto de fe no transige, y puede muy bien mantenerlos a salvo e indemnes en el sector espiritual y teórico, mientras que obtiene ventajas en el campo de los actos prácticos, de los hechos y de los intereses materiales. Esta ventaja está en la base de la gran fuerza histórica de la iglesia, dúctil y voluble en su política y en su actividad social, muy rígida en los fundamentos de la teología. Por consiguiente, el cristiano, que como militante político llega a la mezcla de directrices opuestas en las cuestiones del estado terrenal, y de las relaciones entre las clases y los partidos, no traiciona sus principios, o al menos no está obligado a admitir haber subordinado el respeto a cuestiones de baja conveniencia.

No es así para el marxista, cuyo sistema se basa en la derivación directa de las ideologías del mismo mundo material en que se desarrollan los hechos y las relaciones de intereses que devienen fuerzas reales. El marxista no posee una cómoda caja fuerte donde intercambiar o reponer una doctrina propia e intacta, mientras que de hecho comercia con los propios adversarios en el campo práctico. Cuando los delegados de los partidos opuestos y de las clases opuestas trafican entre sí y convergen en un acuerdo intermedio de sus posiciones de partida, quien sigue o dice seguir el materialismo histórico no tiene derecho a cuestionar que se haya llegado a «**comerciar con los principios**» reprochado por Marx y Engels contra los programas socialdemócratas. Puesto que en la práctica, en la efectiva mecánica de la colaboración, no puede no corresponder en los cerebros, una entremezcla y contaminación de las opiniones.

*** **

Procuremos ver, pues, algunas de las cuestiones más sobresalientes sobre las que se discute a propósito de la nueva constitución, sin atravesar la puerta abierta que los textos de compromiso

(que reflejan la discusión, y más la maniobra) son, desde el punto de vista teórico, simplemente piadosos en la sustancia como en la forma; pero ateniéndonos a las relaciones concretas y al juego de las fuerzas históricas.

Existe la cuestión de la laicidad del estado, reducida a la quisquillosidad de mencionar o no en un artículo de la constitución el pacto entre Italia y el Papado estipulado por Mussolini, que sin embargo, todos están de acuerdo en querer respetar.

Nada más exacto, históricamente, que declarar cerrada la *cuestión romana*, y nada más vano y estéril que querer resucitar sobre este punto el viejo alineamiento de los bloques anticlericales según el método que los socialistas marxistas ya liquidaron antes de 1914, rompiendo con las ideologías y la política de la burguesía masona. A tal propósito ambos partidos socialistas han demostrado la misma vaciedad, y el contenido verdaderamente reaccionario y de extrema derecha de todo el bloque, que comparten con los grupitos republicanos y similares, y algún cadáver de liberal.

La cuestión está históricamente superada a escala social si se considera la evolución general del capitalismo y de la política de la Iglesia, y sobre todo, a escala local si se piensa en las vicisitudes del estado italiano.

La revolución burguesa que instauró la democracia encontró como obstáculo y adversario de primera línea a la iglesia, en cuanto que la organización, el encuadramiento jerárquico de ésta, y su misma basta función económica, formaban bloque con el régimen de las aristocracias feudales. La dura lucha económica y social se reflejó en una lucha ideológica, por eso la filosofía burguesa fue antireligiosa y la política de la victoriosa y joven clase capitalista fue anticlerical. Las tentativas de restauración del viejo régimen encontraron solidaria a la iglesia, y por tanto, todas las medidas de la burguesía reforzando las propias conquistas de clase fueron decididamente anticlericales. Sin embargo, cuando el clero comprendió que ya no era posible evitar socialmente el triunfo del capitalismo, dejó de excomulgarlo, y en todas partes se colocó del lado del nuevo estrato privilegiado, en un proceso más o menos complicado en los detalles. El contraste teórico entre la religión y los fundamentos de la economía y de la política burguesa, primero se amortiguó y después desapareció como reflejo de la alianza entre los estados mayores del capital y de la iglesia. No nos dedicaremos a buscar y exponer la demostración exacta, de que no hay contraste entre la ética y el derecho capitalista y una visión fideísta.

La clase obrera, aliada revolucionaria de la burguesía naciente fue durante mucho tiempo trajinada por la osadía de un jacobinismo literario y retórico, y el jugo de la política masona fue el de hacer de este *comecuras* un diversivo para la lucha de clase y una máscara contra el verdadero objetivo que la política proletaria (una vez sobrepasada la minoría de edad y adquirido un movimiento histórico autónomo) hallaba en el abatimiento del privilegio económico y social.

En Italia tal desarrollo tuvo aspectos particulares muy conocidos. El estado nacional no se había formado en el período burgués, y entre las causas estaba el hecho de que en Italia tenía la sede la mayor iglesia con base mundial. La joven burguesía unitaria fue tremendamente antipapal y anticatólica: en 1848 no dudó en expulsar al papa de Roma, en 1870 hizo lo que todos sabemos.

La iglesia católica estuvo obligada a cumplir en Italia de modo ralentizado su maniobra histórica general de bendecir el advenimiento de los regímenes capitalistas y conciliarse con ellos. De Cavour a Mussolini, finalmente se llegó como en todos los países se había hecho.

Una vez más se demostró el carácter del método católico. El fascismo en sus dudosos bosquejos ideológicos era inaceptable en la doctrina por la tentativa de desplazar sobre nuevos mitos (con su mística de la nación y del estado) los valores religiosos, algo que hizo después más radicalmente en Alemania. Pero su política práctica ofreció la posibilidad de consolidar en las actuales instituciones la influencia del encuadramiento eclesiástico, y enseguida convino el aprovecharlo. La mecánica fascista y la católica en el orden económico y social conducen, de hecho, a una misma praxis conservadora, y éste era el punto sustancial.

Este *status quo* no le crea problemas a la actual republiquilla cuyo reformismo y progresismo viene preparado por la historia sobre la misma vía.

Pero ¿cómo podría el actual gobierno italiano, sin verdadera soberanía y sin fuerza material, más o menos delegado o tolerado por las grandes fuerzas mundiales, permitirse en este campo novedades e iniciativas? Evidentemente, en el nuevo clima histórico subsiguiente a dos guerras mundiales, en que el organismo burgués dirigente italiano se ha medido y se ha roto las costillas para siempre, no se tardaría en tener una nueva ley internacional de garantías, análoga a la nacional de 1870, surgida para la regulación unitaria de las relaciones entre los diversos estados y regiones católicas de la península con el Vaticano. Esto ya no se plantearía como una pareja contrayente frente a Italia, como en la pueril función del famoso artículo 7, sino en un plano superior.

En la moderna fase totalitaria del capitalismo es fácil prever una regulación planificada mundial, también del factor religioso. Al flanco de la ONU veremos probablemente una U.C.O. (*United Church Organisation*).

La iglesia de Roma no consigue controlar a la mayoría de los creyentes en las naciones más potentes del mundo, América, Inglaterra y Rusia. Ella no puede dejar de aspirar a una función unitaria cristiana. En su acción política llama hoy a los partidos que inspira «**demócratas cristianos**», «**cristiano sociales**», «**populares**», jamás «**católicos**». Con esto, como de costumbre no elude su doctrina, ya que la reforma fue cuestión de dogma y de rito, pero la ética social puede ser la misma para todos los cristianos, si no para todos los religiosos. Por consiguiente, los esbozos que se tuvieron después de la otra guerra para una Iglesia unitaria volverán a repetirse, bajo nueva forma, y ya se habla de una Internacional cristiana. Un gran país con mayoría católica, Francia, que parecía (hace algunos decenios) ganado por el ateísmo militante, ha visto surgir de la nada un potente partido católico.

En nuestra visión marxista, nosotros consideramos, por el contrario, históricamente que las iglesias reformadas surgieron en correspondencia a una adhesión anticipada del fideísmo al mundo burgués que nacía, y hoy la iglesia de Roma conciliándose con el régimen mundial del Capital se coloca a la par de aquellos precursores. El último acto de este giro histórico fueron los pactos de Laterano. Maravillarse de que el Estatuto de la República esté más ligado al Vaticano que el de la Monarquía es ingenuo. La cuestión sabe a rancio, y en esto Togliatti tiene razón.

El slogan liberal del laicismo provoca risa. De individuos laicos se podía hablar cuando toda la sociedad estaba controlada por una jerarquía religiosa y los clérigos estaban en condiciones de convalidar no sólo los actos políticos y jurídicos, sino también los escolásticos y culturales, monopolizando tales funciones en un encuadramiento estable y cristalizado. Intentando actuar fuera de estos rígidos esquemas y de romper el feroz conformismo, realizaban bien una labor laica Dante, los humanistas del Renacimiento, Galileo, Vico, Bruno, Telesio y Campanella, aunque de esos alguno fuesen frailes. El primer laico, en el mundo occidental, fue Cristo, contra el clericalismo de los escribas y de los fariseos. Laico debió ser Cavour y laico el Estado Albertino, puesto que no podían proceder si no era haciendo pedazos los poderes del derecho divino en la península, las investiduras de Roma y las manos muertas.

Hoy que ya no truena el Sillabo (lista de las 80 prohibiciones de *Pío IX*) contra la economía oficial capitalista y contra el derecho romano–napoleónico, se mueven bajo el mismo baldaquín conformista todos aquellos que, aún jactándose de intentos reformadores y progresivos no mejor identificados, no están organizados en una lucha institucional desde fuera para derrocar y romper la autoridad y la jerarquía del orden constituido.

El mismo hecho de escribir una constitución entre cien es síntoma de una fase de conformismo. Cuando históricamente las constituciones tuvieron una razón y un contenido, siguieron a una lucha revolucionaria, eran su reflejo, su redacción fue rápida y directa en las llamadas de la acción. Sancionaron (como carta y declaraciones de una nueva clase vencedora) principios en contraste estridente con el pasado, un grupo homogéneo los afirmó y proclamó con ideologías de netos contornos. En época sucesiva las constituciones «**conceptivas**» de principios indicaron la existencia de una situación revolucionaria irrevocable, incluso allí donde la lucha no había sido tan abierta y victoriosa.

Hoy todos aquellos señores de Montecitorio (sede del parlamento italiano) son conformistas del mismo grado. Clérigos todos. Ojo, voces «**laicas**» en el sentido histórico no hay, allí dentro. Una complicidad de congregación les asocia, en sus choques, intrigas y complots.

En la actitud de los «**comunistas**» hacia la Constituyente no es grave pues el desmantelamiento de la tesis que un estado burgués y democrático parlamentario como esta pobre Italiucha bien pueda estar bajo las alas de la iglesia, constatación histórica del puente tendido entre el régimen capitalista y la religión. Lo grave es la pretensión de tender otro puente y muy distinto entre los regímenes proletarios socialistas y el fideísmo. Aquí la renegación del marxismo se repite y se vuelve a confirmar.

Tendríamos un sólo ejemplo histórico, y es Rusia. Allí no sólo habría *libertad de conciencia* religiosa (¿y qué lugar encontraron en el materialismo dialéctico los términos «**libertad**», «**conciencia**», y su correlación?), sino que la misma iglesia, habiendo renunciado a la defensa del viejo Régimen Zarista del que era aliada, viene hoy admitida por el Estado, y su propaganda ha colaborado en la guerra con la nacional para empujar a las masas militares a la lucha.

La cuestión es de una portada imponente. Presentando dos conclusiones: o la de Togliatti, de que la religión y el socialismo no están en antítesis, o la otra, de que estamos en presencia de una nueva prueba por la que el régimen de Moscú ya no tiene carácter socialista y proletario. Por lo demás, otra verdad clara es que con el fin de lanzar a millones de seres humanos al matadero bélico, la fe en la ultratumba es un factor precioso.

Puesto que todos los políticos y los periodistas están preguntándose que es lo que piensa el jefe de los *comunistas* italianos cuando les sorprende —no se necesita mucho— con sus movimientos y con sus tesis, intentaremos iluminarles diciéndoles que él, en el ámbito del futuro prácticamente indagable de su mente concreta, se pregunta si la *interiglesia* mundial de mañana será o no un monopolio y un potente *atout* del bloque occidental. En la disputa para decidir quién podrá explotar con mayor éxito el odio que odio que está en boga contra el fascismo y el nazismo, se inserta otra disputa, vieja como la historia humana: quien podrá utilizar mejor, para su bandera de comercio y de guerra, la popularidad del buen Dios. Desgraciadamente el cúmulo de la sagacidad de la curia romana y de la tenacidad del pestífero puritanismo anglosajón nos hacen ver pender la balanza del lado opuesto al de Palmiro Togliatti. Togliatti nos induce a conceder un poco de crédito a Dios. De Gasperi avala la letra de cambio, pero con la cómoda *reservatio mentalis* de que Dios no paga el sábado... Siempre se encontrará, además, un Calosso para creer que el que ha hecho el tonto ha sido el cura.

** * * * *

Demasiados sabores ofrecería en sus innumerables y mal conectados artículos el proyecto de constitución, y su remendamiento con el método parlamentario, que más que nunca demuestra estar putrefacto.

Se ha querido dar un contenido común a todos los grupos del agregado político presente, derivados, como se debe hacer creer al gran público, del abatimiento del fascismo, hallando un lenguaje, al menos uno, aceptable para todos. Si marchamos en sentido contrario a la

«**estotolatria**» fascista, no nos queda más que apoyarnos en el individuo, y en la sagrada e inviolable dignidad de la persona humana, y por otra parte esbozar en el mejor de los casos una descentralización burocrática con la creación de otros órganos parasitarios y confusionistas –si no camorristas– como serán las administraciones regionales. Temas todos que se prestan a sugestivas ilustraciones.

Dejamos la teoría. Mientras que la realidad de hoy demuestra más que nunca su característica relevante enredando y sofocando a aquel pobre individuo, a aquella desgraciada persona, en las severidades sin cumplidos de los centros organizados, mientras que los mismos estados menores pierden todo residuo de función autónoma en todos los campos por obra de las presiones y de las brutales intervenciones de los grandes monstruos estatales (véase como último episodio el golpe de talón en Grecia y Turquía), aquí nos guaseamos con reconstruir sobre el papel la lacerada libertad del individuo y de cada región italiana.

Sobre aquellos principios «**sagrados e inviolables**» se ponen de acuerdo en el nirvana conformista todas las ideologías multicolores representadas en Montecitorio: trascendentalistas para los que es necesario darle al individuo el libre arbitrio (ya que de otro modo ¿cómo haría después de muerto para ir al infierno?); imanentistas que, desde la libertad del YO a realizarse en la ética del Estado, deben derivarse la facultad de disponer tanto del propio patrimonio como del propio trabajo, o sea, la libertad de comprar y de vender tiempo humano; materialistas y positivistas que, habiendo hecho entre todos una mezcla deforme de marxismo, por un lado con el más vulgar cinismo, por otro con la más lacrimógena filantropía, no sabían que palabra más cómoda que la libertad pudiese inducir a los electores a hacer la extrema tontería de designarlos para tomar el puesto de los jefes de Mussolini.

Cuando una cosa ha llegado a ser sagrada e inviolable para todos, en cuanto que en cuatrocientos discursos ni uno intenta atacarla, ésta es la verdadera prueba de que a todos les importa un comino la misma medida suprema. Enviemos este confort final al ciudadano elector que paga a precio de bolsa negra la compilación del papel constitucional.

* * * * *

Existe el plato fuerte en el contenido económico y social de la constitución republicana. También se permite el pasaje audaz de mencionar aquí y allá junto al *ciudadano* al trabajador. ¿Tenemos una república fundada sobre el trabajo, o sobre los trabajadores? Lo uno y lo otro, en cuanto que todos los estados burgueses actuales están fundados en la explotación tanto del trabajo como de los trabajadores por parte del capital. Lo mismo que los cimientos soportan el peso de los edificios, también los trabajadores italianos mantienen sobre las espaldas el peso de esta república en quiebra.

Las expresiones literales han sido buenas. La más cómoda, desgraciadamente había sido explotada por los fascistas: Italia es una *república social*.

También esta evolución de actitudes es perfectamente cónsona con todo el desarrollo del ciclo burgués. En los inicios la mentalidad y el ordenamiento democrático no toleran que se hable de trabajador, en lugar de ciudadano, de cuestión social, en lugar de política. El ciudadano puede creer el ser igual a todos los otros, el trabajador comprende que es un esclavo. La política del Capital es igualdad de derechos, su sociología es la explotación.

Pero en un siglo, la defensiva burguesa ha tenido tiempo de cambiar sus frentes polémicos. Reformismo primero, fascismo después, han colocado en la escena las medidas sociales y el *trabajo*. No reproducimos aquí esta demostración, que está en el centro de toda nuestra tarea de análisis y de investigación.

El liberal y el jacobino ya no existen. El sindicato económico prohibido en la praxis inicial de la revolución burguesa, primero viene admitido, luego corrompido y después encuadrado en el estado. El juego de las iniciativas económicas que al inicio debe ser por canon sagrado

(versión directa del pavoneado defensor de la inviolabilidad de la persona) incontrolado ¡ve intervenir cada vez más frecuente y directamente al poder político, en nombre del *interés social*!

¿Pero al mundo burgués liberal puro y socialintervencionista, nosotros socialistas consecuentes, le contraponemos una idealización, una mística, una demagogia del trabajo y del trabajador? Nunca jamás. He aquí otro punto que merece ser aclarado y liberado de obstinadas incrustaciones.

¿Cuando los esclavos lucharon por emanciparse, propusieron una república de esclavos, o una sin esclavos? Los obreros de hoy luchan por una sociedad sin asalariados.

Definir el trabajo como una actividad humana general sobre la naturaleza sin deducir enseguida el análisis de las distintas relaciones sociales en las que el trabajo mismo se encuadra, es hacer pura filosofía. La lucha proletaria no tiende a exaltar sino a disminuir el dispendio de trabajo, y se basa en los enormes recursos de la técnica actual para avanzar hacia una sociedad sin esfuerzos de trabajo impuestos, en que las prestaciones de cada uno se harán del mismo modo con el que se realiza cualquier otra actividad, abatiendo progresivamente la barrera entre actos de producción y de consumo, de esfuerzo y de goce.

No por casualidad los regímenes fascistas hablan ampliamente de trabajo, y la constitución o carta mussoliniana se llamó carta del trabajo. La misma falsa demagogia guía la praxis «**social**» de los modernísimos regímenes. Donde estos, todos, escriben de exigencias sociales nosotros leemos: exigencias burguesas de clase.

La clase obrera no puede considerar como una conquista suya el enunciado de que en las instituciones burguesas entra el trabajador.

El programa de traspaso de los comunistas entre la época capitalista y la socialista no es una república en la que los burgueses admiten a los trabajadores, sino una república de la que los trabajadores expulsan a los burgueses, en espera de expulsarlos de la sociedad, para construir una sociedad fundada no sobre el trabajo, sino sobre el consumo.

El postulado político de la clase obrera no es el de encontrar un puesto en el presente estado constitucional, en cuanto que los puestecillos sólo los hay «**para aquellos miembros de la clase dominante que cada tantos años los obreros pueden elegir para representarles**» (Marx).

Su postulado social no es tampoco el de encontrar un puesto en la gestión de la empresa. Ni tampoco la fábrica es el ideal al que tienden las conquistas del socialismo. Si Fourier llamó a la fábrica capitalista *penal mitigado*, Marx, recordando las «**casas del terror**» inglesas para los pobres, dice que éste ideal se realizó en la manufactura burguesa, y su nombre fue: ¡«**Fábrica**»! Todo el reformismo moderno sobre la técnica productiva no deja de tener como objetivo al producto y no al trabajador; quizás no todos saben que las muy recientes fábricas de motores en América se hacen *sin ventanas* porque el polvillo atmosférico altera los trabajos mecánicos de precisión, y hace falta un ambiente acondicionado por temperatura, humedad, etc. De penal a tumba.

En cuanto a los métodos rusos de ultratrabajo se nos viene también en mente un pasaje de Marx: «**En Londres la estratagema que se usa en las fábricas para la construcción de máquinas es que el capitalista elige como jefe de los obreros a un hombre de gran fuerza física y aplicado en el trabajo. Le paga todos los trimestres y en otras épocas un salario suplementario, a condición de que él haga todo lo posible para excitar a sus colaboradores (los cuales no reciben más que el salario ordinario) a competir celosamente con él...**» (El Capital, I, IV.3).

Basta con hacer que se agobien, basta con empujar a las masas con los métodos que se derivan de los que se aplicaban a los esclavos, o a las bestias de trabajo y de matadero. Al que sin embargo, no se le imponía en la constitución el creerse sagrado e inviolable, ni resucitable después de haber sido comido